

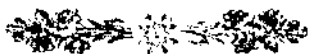
# El Panorama.

PERIODICO

DE LITERATURA Y ARTES.

CUARTO TRIMESTRE.

**Tomo primero.—Entrega 24.**



MADRID 6 DE SETIEMBRE DE 1838.

Imprenta de la Compañía Tipográfica, calle del Leon.

EL PANORAMA.



Van-halen d.

A UNA ASTUCIA OTRA MAYOR.

Castelló g.º





## A UNA ASTUCIA OTRA MAYOR.



ARTO conocido es de la mayor parte de nuestros lectores el caracter duro y caprichoso de Pedro I de Castilla, por lo que los poetas le han llamado el eruel, y algunos historiadores el justiciero. Muchas han sido las anécdotas, que como hijas de su carácter particular, nos ha legado la traicion popular. Una vamos á referir sumamente extraordinaria.

Caminaba hácia Sevilla un dia el rey, acompañado de los principales de su corte, y cosa bien estraña en su caracter, en su semblante se veia brillar la alegría, sin duda porque iba á descansar de las fatigas de la guerra, en los brazos de la hermosa Padilla. El rey no era delicado en su trato, desafiaba el ardor del sol y el rigor del frio, dormia en su tienda ó al raso, muchas veces sobre el duro suelo: un pedazo de pan negro, un poco de agua le era suficiente y grato alimento, y aun algunos dias sufría el hambre con todas sus penalidades. Era una tarde abrasadora de julio: al encuentro del rey, y á la punta de un monasterio, que se hallaba en medio del camino, salió un reverendísimo abad, fresco, colorado, estremadamente gordo, el que hecho al regalo, llevaba detras de sí

dos corpulentos hermanos que mantenian abierto sobre su atibada cabeza una especie de palio para libertarla de los ardores del sol. Inclínose el abad á besar la mano de D. Pedro, el que con aire burlon y algun tanto severo

—Cómo os va, le dijo, humilde servidor de Dios? Bien, muy bien me parece que os sientan los ayunos, oraciones y disciplinas. Estais famoso padre, ¿qué huicis para estar tan grueso? Yo soy rey, y vedme cuan seco, cuan páido esto.

—Señor, los cuidados, las contínuas cavilaciones de V. A. son las que hacen debilitar su cuerpo. Aqui exentos de todo cuidado terreno, no tenemos que pensar en nada mas que en la salvacion de nuestras almas, y esto es un pensamiento fijo, tranquilo, y que no desgasta las fibras del cerebro.

—Pues padre, yò quiero daros ocupacion, y me agrad. cercas el que os haga adelgazar dandoos en que pensar. Tai vez os libraré así de una apoplejia. Dicen que sois muy entendido, que sabéis mucho, que sentís casi crecer la yerba.

—Señor, he ocupado todos los altos destinos de la orden, soy el maestro, añadí, aparentando modestia, segun dicen, mas distinguido de ella, el primer conecedor de numismática del reino, y el mejor astrónomo.

—Me alegre, reverendo padre; os voy á dejar tres nueces para que las casqueis con vuestras fuertes y robustísimas quija-

das, tres nueces por vida mía, que os han de entretener. Tres meses os doy de término; al cabo de los tres meses, añadió, dando á su cara aquel aire de ferocidad que aterraba á sus vasallos, y que le valió el sobrenombre de cruel... al cabo de tres meses me responderéis á estas tres preguntas.

Primeramente. Me habeis de decir á punto fijo, sin equivocaros ni en un solo maravedí, ya que sois tan gran conocedor en monedas, cuánto valgo yo cuando en medio de mi corte, sobre mi trono de oro, me hallo dictando leyes á cien pueblos que las acatan como las de la divinidad.

Segunda. Me habeis de calcular, sin fallarme ni en un solo minuto, en cuánto tiempo con mi caballo podré dar la vuelta al mundo: esto no es mas, lo sé, que una friolera para vos.

Tercera y última. Me habeis de adivinar, ó gloria de los abades, flor de los sabios de España, cual sea mi pensamiento, que franca y lealmente juro confesaros despues; pero os advierto que en este pensamiento no debe de haber ni la mas minima cosa que sea verdad.

Si no respondeis á estas tres preguntas, vive Dios que no seréis mucho tiempo abad, porque os haré encerrar en una torre, y á pan y agua concluireis la vida. Inmediatamente metió D. Pedro espuelas á su caballo, este salió corriendo á todo galope, y la comitiva cortesana le siguió inmediatamente.

Estupefacto quedó el pobre Abad, que conocia el genio y humor de D. Pedro, como probado en otros cien no menos funestos lances; no tuvo desde aquí instante un momento, un rato de tranquilidad. El pobre abad se rompía la cabeza en discurrir. No sufre tantas angustias, ni tan mortales conjeturas el rey sentenciado al último suplicio á la vista de la cuerda, como el pensativo abad.

Envió á consultar á una, dos, tres, cuatro universidades, preguntó á una, dos, tres facultades, pero dios sabe cuantos derechos y honorarios, y sin embargo, ningún doctor resolvió estos problemas.

En tantas agonías, en tanta cavilacion se pasaban las horas, los dias, las semanas, los meses!... el término fatal se aproximaba: el pobre abad ya se veia en la torre á pan solo y agua...

Desesperado, pálido, descarnadas sus mejillas, reducido á la mitad de su volumen, ya no era aquel abad gordo, fresco, rollizo que viera el rey tres meses antes, sino un monje seco, macilento, *verá* *exigua* de un S. Gerónimo.

Huía de la concurrencia, buscaba los sitios mas solitarios y ocultos en los bosques, y á las márgenes de los rios. Dos dias antes del fatal dia que espiraba el plazo, paseando cabizbajo por una trocha, apenas transitada por humana planta, encontró sentado en una roca al pastor que guardaba los ganados del monasterio, Bartolo Perez.

— Qué os contrista, padre abad, dijo Bartolo, en verdad que estais mas delgado que una sombra, apenas teneis alientos, apenas podeis arrastrar los pies: sin duda habeis tenido, padre, algun tropiezo.

— ¡ Ah buen Bartolo Perez y cuánta razon tienes! un tropiezo he tenido: el rey D. Pedro me ha dado y no poco que hacer. Me ha puesto en los dientes tres nueces, como él dice, que el mismo Belcebuc no es bastante á cascar.

— ¿ Tan duras son, reverendo padre ?

El abad le refirió al pastor las tres preguntas á que el rey le habia mandado responder, y le refirió tambien la terrible pena que debia sufrir si la respuesta no era exacta y satisfactoria.

Oyolas Bartolo con la mayor atencion, y cuando el abad, que hallaba, como todo desgraciado, un placer en contar á todo el mundo sus cuitas, hubo concluido su lastimosa narracion:

— ¿ Y no es mas que eso? exclamó echándose á reir á carcajadas. Tranquilizaos, padre abad, yo me encargo de conducir a barca: prestadme solamente vuestra capucha, vuestras cruces, vuestros habitos, y yo prometo dar al rey las respuestas que pide. Verdad es que yo no sé ni una jota de

ese guirigay de latin, pero yo he sacado en herencia del vientre de mi madre lo que vosotros altos y poderosos doctores no sois bastantes á comprar con todo vuestro dinero.

El abad que veia la resolucion del rústico, y que en prestarse á la estratajema de Bartolo no arriesgaba con el rey mas de lo que arriesgaba en no responder á las fatales preguntas, consintió en el disfraz. Morir de hambre por no responder, ó morir de cualquiera otro modo por burlar al rey todo es morir, decia para sí el buen abad, y á fe mia que le sobraba la razon.

Como no hay plazo que no se cumpla, llegóse el designado por el rey. Era de ver á Bartolo con su capucha, su hábito, sus cruces, y su báculo abacial, penetrando con afectada gravedad en la cámara del rey D. Pedro. Era de noche, y la estancia aunque iluminada, se hallaba con una luz agradablemente templada con ricas pantallas arabescas; los ricos hombres de Castilla, la corte toda del rey, que sentado en el trono con el cetro en la mano y la corona en la cabeza, y con los demás atributos de la dignidad real, imponia por su magnificencia y por su brillante majestad.

—Ahora, señor abad, como gran conocedor en monedas, decidme cuanto valgo hasta el último maravedí.

—Alteza! Cristo fué vendido por Jurea en treinta dineros. Por eso yo no daría por vuestra alteza, por muy alto que os considereis y os estimeis, mas que veinte y nueve dineros cabales. Es preciso que valgais un dinero menos que él.

—Hum! dijo el rey frunciendo las cejas. Ha hablado en razon; por mi honor que nunca me habia creído valer tanto. Ahora es preciso calcularme y decirme á punto fijo en cuanto tiempo, sin fallarme en un minuto, puedo dar la vuelta al mundo.

—Si vuestra alteza sale por la mañana al mismo tiempo que el sol, y le acompaña á caballo siempre, á caballo, y con la velocidad que él, apuesto mi cruz y mis hábitos á que será negocio de 24 horas.

—Ah! dijo el rey, con buena avena alimentais vuestros caballos, con *si* y *peros*; el hombre que ha inventado estos *sies* y *peros* y demas condicionales era un excelente filósofo, capaz de salir bien con ellos de todo. Eh! ahora reunid todas vuestras fuerzas para la tercera pregunta, y sino á la torre, y á pan y agua. ¿Qué es lo que yo estoy pensando, y es falso? Pronto, responded, y sin *sies* ni *peros*, ni esas condicionales malditas.

—Vuestra alteza está pensando que yo soy el abad de S. Onofre.

—Seguramente, pero en este pensamiento que hay de falso?

—Perdóneme vuestra alteza, en eso se equivoca, porque yo no soy sino el pastor de los ganados del monasterio Bartolo Perez.

—Qué! demonio! tú no eres el abad de S. Onofre, gritó D. Pedro con toda su fuerza, con una espresion feroz, que hizo en toda la concurrencia, y en el pobre Bartolo el efecto de un rayo caido imprevistamente del cielo. Con la rapidez que pasa el rayo pasó el enojo del rey, quien con jovial sorpresa exclamó:

—No eres el abad! vive Dios que lo serás desde hoy.

—Señor! exclamó Bartolo, cayendo á sus pies de rodillas.

—Quiero que seas investido con el santo hábito, con el anillo, el abácalo, y demás distintivos de la dignidad abacial. Tu predecesor irá á la torre, y terminará á pan y agua el resto de sus días. Esto le hará comprender lo que quiere decir *quid juris*, porque el que quiera segar debe tambien sembrar.

—Saivo el permiso de vuestra alteza, yo me quedaré siendo lo que soy. Ni se leer, ni escribir, ni contar, ni una jota de latin, ni de lenguas vivas ni muertas, y lo que Bartolo no ha aprendido ya, tiene la cabeza muy dura para aprenderlo ahora; á lo que si tal vez me acostumbraría sería á dar á besar mis manos y echar bendiciones, y...

— Buen Bartolo Perez, lástima es que

no quieras ser abad, pero pídemle otra gracia, tu jovialidad me ha divertido y causado un momento de placer, y vive Dios! que yo quiero tambien causártelo á ti.

— Señor yo no tengo muchas necesidades, pero puesto que vuestra alteza se halla dispuesto á colmarme de favores, le pido por única recompensa el perdón de mi reverendísimo abad, amo y señor.

— Muy bien, muy bien, Bartolo, tienes tan excelente corazón como buena cabeza. Lástima que no hayas nacido caballero: perdono á tu amo el abad, pero con las cláusulas y condiciones siguientes.

“ Ordenamos al reverendo abad de S. Onofre que desde hoy no emplee en la guarda de los ganados á Bartolo Perez, á

„ quien mantendrá con el mayor regalo „ proveyendo gratuitamente á todas sus „ necesidades hasta el día que plazca al señor llamarle á sí para gozar de la eterna „ bienaventuranza.”

Toda la Corte celebró el juicio del Rey, el pastor colmado de dones volvió á descansar al monasterio aquella misma noche, y el abad libre de tantos cuidados volvió á su antiguo método de vida, engordó de nuevo, y cuenta la crónica que al cabo de algun tiempo murió de apoplegia, de la que seguramente se hubiera libertado á habersele aplicado el sistema flogístico de pan y agua á que primero le habia condenado el rey D. Pedro.

V. P.

## EL SUEÑO.

Imajen santa de la santa muerte,  
Ven y en mis ojos de llorar cansados  
Bálsamo dulce de consuelo vierte:  
Ven, que te espero ya:  
Pasaron tristes las pesadas horas  
Con el dolor y el llanto entretenidas,  
Pasaron tristes, lentas: como lloras  
Virgen, perdido amor.

Ven sueño, ven; tu mágica influencia  
Haga cerrar mis párpados al llanto:  
Al vil remordimiento mi conciencia,  
El sueño es mi vivir.

En esa dulce y apacible calma  
Majestuoso remedo de la muerte,  
La perdida quietud encuentra el alma  
La paz el corazón.

De la vida es balsámico consuelo  
El sueño circundado de ilusiones.  
Es el don mas precioso que del cielo!

Recibiera el mortal:  
El acalla tal vez con dulce encanto  
El ruido de las olas de la vida,  
Qué el huracan agita del quebranto:  
El lo torna en quietud.

El, de la nube del pesar sombría  
Rasga quizás el misterioso velo:  
La noche del dolor transforma en día  
De vida y de placer.

Así tal vez su bienhechora mano  
Negándole su plácida influencia

No reposa en la frente del tirano:

No duerme el opresor,  
Mas del poder saugriento en menesco  
Al son de los suspiros del verdugo;  
Duerme y olvida el infeliz esclavo,  
Durmiendo su pesar.

Y en tanto el que le oprime con su encono  
Contra el santo poder del Dios del cielo,  
Mal escudado con el regio trono  
Se agita con pavor.

O de saugrientas sombras circundado  
Sobre el polvo, la frente y la diadema,  
Y mal compuesto el manto de brocado,  
Ve la muerte llegar.

¡ Oh! nunca falte el sueño á mis sentidos:  
Nunca falte á mi pecho la esperanza:  
Nunca me abandoneis, bienes queridos,  
Nunca me abandoneis.

### II.

Yo tambien fui inocente,  
Yo tambien niño fui  
Del árbol de la vida  
Oja inquieta nacida en el abril.  
Yo tambien cual tú, niño,  
Ese sueño dormí  
Cercado de ilusiones

Y de ensueños de oro y de zafir:  
Pero el tiempo mi frente

Cruel marchitara al fin,  
Y de tranquilo y dulce,  
Trocóse en agitado mi dormir.  
Pasára mi existencia  
Con mi dicha infantil  
Cual borra opaca nube  
De los cielos el tinte de carmin.  
Yo soñé una fantasma  
Que al nacer entreví:  
Amor soñara y gloria  
Fantasma y sombra que empecé á seguir.  
Huyérase lijera,  
Huyérase ante mí,  
Cual susurrante brisa  
Perfumada de azar y de jazmin.  
Yo la tendí mis brazos,  
Y la sombra sutil  
Burló mi loco anhelo  
Y huyó fugaz con bárbaro reir.  
Piedad, inquieta sombra,  
Piedad de un infeliz:  
Respetá por lo menos  
En mi duro quebranto mi dormir.  
Tu dorada corona  
Que orna rico rubí  
No deslumbre mi vista  
Con su falso brillar y su lucir.  
Jamás tu ardiente mano  
Sobre el pecho infeliz.  
Fijes inquieta sombra,  
Turbando al corazon en su latir.  
Respetá el dulce sueño  
La calma que perdí,  
Sin sueño ni esperanza,  
¿Dónde está la belleza del vivir?  
Amor y gloria pasan

En ilusion feliz  
Dejando envenenada  
El alma pura con su aliento vil.  
Así tal vez el nectar  
Servido en el festin  
En tósigo se torna  
Que marchita la flor del existir.

III.

Salud Dios que velas, el mundo y el cielo,  
Que dulce consuelo al hombre le das  
El hombre te adora, su voz reverente!  
Sonando potente, se escucha do estás.  
Tu distes al hombre, la vida tan bella  
Un alma con ella, le distes, oh Dios!  
Mas ¡ah! de tu acento, al mágico encanto  
Partidas, Dios santo, se miran las dos.  
El cuerpo sin alma, se esconde en el suelo:  
El alma en el cielo recobra la paz,  
Y así en dos mitades tu hechura partida  
Se estingue la vida, cual llama fugaz.  
Mas ¡ah! que en tu juicio sagrado y profundo  
Le distes al mundo el sueño tambien,  
El sueño do estando la forma ya muerta  
El alma despierta, se goza en su bien.  
El sueño, descanso del alma afligida  
Do para la vida su paso veloz,  
Do en vano á los hombres manchada y sangrienta  
La muerte presenta la bárbara hoz.  
Salud, Dios del cielo, mi débil acento  
Del trono tu asiento, resuene hasta el pie.  
Tu don mas precioso, benéfico dueño,  
Sin duda fue el sueño, el sueño oh Dios fue!

JUAN BAUTISTA DELGADO.

## PARTES IGUALES.

### Anecdota escocesa.

Serian las nueve de una oscura noche de diciembre hácia principios del reinado de Jacobo V de Escocia. La cocina del meson de Markineck se hallaba ocupada por dos personajes que parecian ser parroquianos de la casa, y que se calentaban al fuego del hogar en tanto que la hipóspeda preparaba la cena. El que estaba sentado mas inmediato á la lumbrera era muy bajo de cuerpo: pero tan grueso que parecia como una persona de alta estatura á quien hubiesen aplinado de alto á bajo; su fisonomía indicaba la astucia y el egoismo; y su postura en el momento que le describimos manifiesta



taba bien á las claras este último defecto, porque estaba muy arrellenado delante del gran fuego del hogar, en que se asaban varios exquisitos trozos de salmon alumado sin dejar apenas introducir las piernas á su compañero. Era este alto y en extremo flaco á consecuencia del trabajo y de las privaciones; pero se notaba en su rostro tal espresion de benevolencia y de dulzura, y tenia tan buen corazon, que todos los habitantes de la parroquia de Markinck, en la que desempeñaba el cargo de maestro de escuela, le querian al paso que odiaban á su compañero que era el ministro protestante.

En tanto resonaba fuera del meson una terrible tempestad; el granizo chocaba contra una ventanilla que en él habia; y el viento que zumbaba en la chimenea abrió de repente la puerta de la calle.

— Dios asista á los pobres viajeros, exclamó el buen maestro de escuela levantándose para cerrar la puerta, y echando una ojeada hácia afuera: la noche está oscura como boca de lobo, los granizos son tan gordos como avellanas, y sopla el viento como si fuese á derribar todas las casas del pueblo.

— Razon mas para correr pronto la puerta, dijo el ministro.

— Parece que el mundo va á aniquilarse, repuso el maestro de escuela.

— No lo creas, el mundo no parece todavía.

— Eso puede ser muy bien, sin embargo, compadezco á los que no tienen su conciencia muy arreglada, porque en una noche como esta...

— Es acaso ahora tiempo de hablar de la conciencia, interrumpió el ministro impaciente; cerrad la puerta y sentaos, porque el salmon no tardará en estar cocido, mas que el tiempo que necesite la posadera para poner la mesa. ¿ Lo ois patrona?

— Me parece que oigo los pasos de un caballo.

— Que se vaya á los diablos con su dueño, y que no piense detenerse aqui.

Apenas el ministro habia pronunciado

este voto caritativo, cuando el viajero apeado ya de su caballo, delante de la puerta del meson que al instante le fue abierta, entró con osalía en la cocina.

— Buenas noches caballero, le dijo el maestro de escuela, sin duda ha sido una suerte el que hayais encontrado un abrigo para esta noche tan terrible.

— Efectivamente, respondió el extranjero, el aspecto de una luz en esta casa me ha llenado de alegría, porque estcy helado de frio, y á mas bastante cansado. Buena mujer, prosiguió dirigiéndose á la posadera, haced que den un pienso a mi caballo, porque quiero seguir mi viaje en cuanto cese la tempestad. Y si el pobre animal tiene tan buena cena como su amo, añadió mirando los pedazos de salmon que habia en las parrillas, no es tan digno de compasion.

Durante este diálogo, el ministro habia examinado con detencion al recién llegado. Era este un hombre vigoroso y bien parecido, su mirada penetrante, su rostro pálido el que sus largas y negras barbas daban cierta espresion de orgullo. Su vestido muy sencillo consistia en un jubon y calzones grises de una tela bastante grosera, una capa bastante vieja y un gorro azul, que indicaba estar lleno de servicios. No se escaparon á los ojos del ministro estos signos exteriores de pobreza, por lo tanto, no le dirigió la menor palabra de urbanidad. La groseria del eclesiástico, que se habia apoderado enteramente de la chimenea llamó al momento la atencion del extranjero, el que quitándose la capa la sacudió de modo que llenó de nieve la persona del reverendo ministro; el que oyó las excusas del viajero, dando á entender conocia muy bien no habia sido involuntariamente, sino efecto de su malicia; habia sin embargo, algo en la figura del nuevo huesped que impidió al ministro entrar con él en una querrela formal. Despues de haber esprimido el agua de su gorro, el extranjero tomó posesion de la silla del maestro de escuela á vivas instancias de este, y se puso á calentarse como pudo, pasando sus pier-

nas por el pequeño hueco que dejaba el obeso ministro entre su silla y la esquina de la chimenea. En esto la posadera les sirvió la cena.

Depositado apenas el salmon encima de la mesa, el ministro sin mas cumplido, volvió su silla, atacó el plato con ansia, y cortando para sí los mejores pedazos, dejó apenas las espinas á sus dos compañeros.—Ola amigo! exclamó el extranjero, medio riendo y medio cargado, os parece que este buen hombre y yo debemos cenar solo espinas de pescado?—La patrona, dijo tímidamente el maestro de escuela, tendrá alguna torta y alguna cebollita.—Tortas! cebollas! replicó el extranjero, ¿y creéis que un hombre que ha andado un camino tan largo como yo, con la nieve hasta las orejas, y con un viento atroz, solo necesita para cenar tortas y cebollitas?... Patrona, descolgad uno de esos trozos de tocino, y poned á calentar algunos pedazos, y no temais por el gasto, pues aun me queda algo en mi bolsa para pagaros si tenéis conciencia para nosotros la gente pobre. A los pocos minutos la posadera presentó al viajero un plato de tocino y huevos fritos; y despues de haber convidado al maestro de escuela se puso á cenar con todo el apetito que da un largo viaje y un ayuno mas largo todavía.

Por la conversacion que entablaron vino el extranjero en conocimiento de que sus dos compañeros eran el uno el maestro de escuela, y el otro el ministro de la parroquia, y viendo este que sin embargo de haberse dado á conocer, no se le manifestaba mas respeto y deferencia, acabó de ponerse de muy mal humor, pero no se atrevió á tenérselas con su nuevo compañero, y descargó todo su disgusto contra el buen maestro de escuela.—Vamos, amigo mio, dijo el del gorro azul, cantadnos algo para ayudarnos á pasar la noche, y vos patrona echadnos aguardiente para refrescar nuestros gaxnates.—Cantar no se, contestó el maestro de escuela, pero si quereis os contaré un cuento.—Vaya pues un cuento, dijo el extranjero,—Lo haré con el mayor

gusto, mucho mas cuando me acuerdo de uno que no os he contado nunca, dijo el maestro de escuela, dirigiéndose al ministro. Habreis sin duda oido hablar de un hechicero que se llamaba Miguel Scott; tenia este tres espíritus familiares Prig, Prim y Pricker...—Si, ya me habeis contado lo de Prig, Prim y Pricker, y he oido ya mas veces estos nombres fastidiosos que dientes tengo en la boca, dijo bruscamente el ministro.

—Vuestra interrupcion es muy grosera, dijo el extranjero dando un golpe en la mesa; ¿es acaso razonable tratar así á este hombre? Yo quiero que nos diga su cuento á pesar vuestro, aunque lo hayais oido mas veces que cabellos tenéis en la cabeza.—No, no, dijo con dulzura el maestro de escuela, contadnos mejor vos alguna cosa, y yo en el interim veré de acordarme de alguna antigua leyenda, digna de tal auditorio.

—Convengo en ello, y aunque no tengo mucha oratoria es voy á contar una historia verdadera que está consignada en crónicas muy auténticas, y que encierra una leccion terrible para los glotonos. Habreis oido decir, continuó el extranjero, dirigiéndose con particularidad al ministro, que en el congado de Angus hay un gran número de cavernas muy somorías y muy profundas.—Lo sé, sin necesidad de que me lo digais, dijo ásperamente el ministro á quien habia desagradoado sobremanera el prólogo del narrador.

—Pues bien, continuó el extranjero, en uno de estos retiros vivia un hombre que despues de haber gastado todo lo que tenia en satisfacer sus brutales apetitos, particularmente el de la glotoneria, que era lo que mas le dominaba, se vió obligado con su mujer y sus hijos á buscar un asilo en una caverna, que ha sido despues conocida por la caverna infernal por las horribles escenas que voy á contaros. Este miserable lejos de arrepentirse de sus vicios por los males que habia atraido sobre sí y sobre toda su familia, echaba menos cada dia con mas dolor la buenas comidas

que habia hecho, y que ya no podia disfrutar; en lugar de llorar sus pecados solo soñaba en callos, perdicés y fisianes asándose al fuego, en pavos guisados con cebollas, y lo que era el principal objeto de sus ideas criminales, era (al decir esto el extranjero se expresó con cierto énfasis que hizo temblar al reverendo ministro) era, señores, hermosas tajadas de salmon ahumado asadas en las parrillas; y según nos cuenta la crónica que ha transmitido esta historia, era tal el culto que este hombre daba al idolo de su vientre, que no hubiera dado una pequeña parte de sus manjares, aunque con este sacrificio hubiera saltado á su mujer, sus hijos y su familia entera de una total destrucción.

Entonces no habia salmon ahumado en la caverna, y aun cuando hubiese habido faltaban el fuego y las parrillas para asarlo. Las yerbas que produce la tierra era el único alimento que el infeliz podia procurarse; y solo agua de una fuente vecina para apagar su sed. Sucedió, señores, que paseando una noche se encontró cerca de una choza, de la cual salian voces y gritos de dolor: miró por una ventana baja, y vió una mujer que iba á sobre el cadáver de un niño echado en una cuna, que iba á dejar por su última cama la tumba. La pobre mujer estaba sola, se mantuvo mucho tiempo inclinada sobre la cuna, y luego levantándose y dirigiéndose á una habitacion inmediata, cayó de rodillas y empezó á llorar y gemir de modo que parecia iba el dolor á ahogarla. Nuestro gloton estaba observando esta escena con la mayor atencion, y cuando sus ojos se fijaron en el niño, tan hermoso, tan blanco y tan tierno, con sus manitas cruzadas sobre el pecho, el genio del mal le sugirió un pensamiento horrible; y fue el de robar el cadáver para saciar su apetito, y lo efectuó apenas lo habia pensado.

— ¡Qué monstruo! exclamó con horror el maestro de escuela.

— Ved, pues, continuó el extranjero, dirigiéndose al ministro que estaba lleno de cólera al escucharla, pues conocia era

una sátira dirigida á él mismo, como un vicio conduce siempre á otro! La maldad de este hombre no pa ó aquí; la carne humana fue ya en adelante para su depravado paladar un manjar delicioso. Para satisfacer este horroroso apetito se hizo un cruel asesino, y ayudado de su familia, á la que tambien acostumbró á su horrible comida y á sus crímenes, degollaba infinidad de niños, hombres, y hasta ancianos y ancianas. La desaparición continua de una infinidad de personas, llamó la atención del país, se hicieron varias pesquisas, y al fin los miserables fueron sorprendidos en su caverna, que presentaba pruebas nada equivocadas de sus maldades, de modo que los habitantes del país indignados pidieron á una voz que fuesen quemados en el teatro mismo de sus crímenes. Efectivamente, se hizo una grande hoguera, y el matado con su mujer y sus hijos fueron arrojados uno tras el otro á las llamas. La última persona que fué quemada fue una niña, y en el momento mismo que un hombre á quien se le habian comido su primer hijo, la ataba las manos para arrojarla á la hoguera y le hacia amargas reflexiones por su horrible glotonería, se volvió hacia él con furor y le dijo: "me injurias de tal modo que no parece sino que he cometido algun gran crimen; créeme, si hubieses probado alguna vez cuán deliciosa es la carne palpitante de hombre á de mujer, es cierto no prohibirias el comerla." Y diciendo estas palabras pudo libertar sus manos de las del hombre que las tenia asidas, y le dió una puñada sobre la oreja como esta...

Y el extranjero acompañó la acción á estas palabras, enviando un bofetón al ministro tan bien aplicado que lo derribó de su silla. Al caer este rompió la mesa, la derribó tambien, y la fuente con la cerbeza, la botella del aguardiente y los platos se rompieron haciendo un ruido espantoso.

El extranjero acudió al momento á socorrer al pobre ministro, pidiéndole mil perdones, y escusándose diciendo que se habia exaltado tanto al narrar su cuento, que fue;

ra de sí no sabia lo que habia hecho. Pero al ver á su víctima nadando entre la espuma de la cerveza y el aguardiente, envuelto en pedazos de tocino, de huevos y espaldas de pescados, brilló en sus ojos una maligna sonrisa que no estaba muy de acuerdo con el sentimiento y la pena que expresaban sus palabras. El ministro oyó sus excusas con un profundo silencio, rechazó todos sus servicios, y respondió á todas sus palabras de cortesía con una mirada llena de una sombría y reprimida rabia. Cuando el maestro de escuela hubo levantado al infortunado ministro, el extranjero les propuso volviesen á sentarse, pues iba á contarles otra historia.— No quiero oír vuestras historias, dijo con cólera el ministro. Patrona dadnos la cuenta del gasto. Al momento se apareció la posadera y depositó la cuenta sobre la mesa, mientras el ministro sacaba su bolsa para pagar la parte que á él le correspondia, se le acercó el maestro de escuela, y en voz baja le dijo, que ellos dos deberian pagar todo el gasto, añadiéndole: “Porque habeis de considerar mi digno ministro, que aqui estamos en nuestro pueblo, mientras el extranjero es un viajero, á quien quizá le falta aun mucho que andar.”—Que se vaya á los infiernos, dijo con cólera el ministro, ¿me creeis un animal tan estúpido que vaya á gastar mi dinero en dar de comer á

personas que no conozco? No, no, que pague cada uno lo suyo, *partes iguales* es un antiguo refran de Markineck, y yo no quiero faltar á él.—Sea asi, dijo el extranjero, y echando el dinero sobre la mesa, salió de la posada, subió en su caballo y partió á galope tendido.

Despues de esto se pasó algun tiempo sin que ocurriese novedad ninguna en Markinch, hasta que un dia toda la parroquia se puso en conmocion, por la sorprendente noticia de que el rey habia tenido á bien igualar las rentas de ministro y del maestro de escuela, lo que debia efectuar quitando al ministro lo que se aumentase al maestro de escuela. Una frase de la real orden manifestó á las partes interesadas la causa de esta medida tan inesperada, y les dió á conocer al mismo tiempo que el viajero con quien habian cenado en la posada no era otro que el mismo Jacobo V disfrazado. La frase de que hemos hecho mencion estaba concebida en estas palabras que retienen en la memoria hoy dia los habitantes del lugar. “El rey manda que las rentas del ministro y maestro de escuela sean iguales: lo hace como un acto de justicia, pues ha sabido que en la parroquia de Markinch, las *partes iguales* era una costumbre invariable, la que no podia derogarse.

N. de P.

## TRABAJO PERDIDO.

A poco tiempo de haberse fundado la sociedad real de Londres, les encargó el Rey Carlos II que tratasen de resolver la cuestion de: *¿Por qué pesaba mas un pez muerto que un pez vivo?* Todos los individuos de la sociedad se pusieron á trabajar con el mayor afan y escribir infinidad de memorias para demostrar las causas fi-

sicas de tal diferencia. Despues de esto y de haber discutido estensamente el asunto, ocurrió á uno de ellos el verificar el hecho, y entonces vieron con gran confusion que el rey se habia querido burlar de ellos, porque un pez muerto pesa exactamente lo mismo que un pez vivo.

# DOÑA SIBILA FORCIA.

## Episodio de los anales de Aragon.

### II.

Año de 1386.

#### (Continuacion.)

En aquella misma noche todo era desolacion, susto y trastorno en el palacio menor de Barcelona, ordinaria residencia de los reyes de Aragon, cuando visitaban la capital de aquel su condado. El artesano historiador tenia mucha razon en creer que el rey D. Pedro estaba enfermo de mucho peligro, porque efectivamente, se hallaba en los últimos de su vida. La certeza de esto, que era demasiado pública, á pesar de los esfuerzos que hacian los partidarios de la reina para estorbarlo, tenia puesta en movimiento á toda la ciudad, echando todos sus cuentas para sacar partido de las circunstancias. Los enemigos de doña Sibila adictos á los intereses de su hijastro el duque de Gerona, heredero del reino, se alborotaban y conmovian al pueblo para que sirviese de instrumento á sus ambiciones y odios. Los indiferentes, cortesanos de oficio que se curaban poco de las personas, pues su ocupacion era adular al poder, fuese cual fuese quien lo ejerciera, trataban ya de congraciarse con el futuro soberano, y para ello abandonaban al moribundo, desfilando sucesivamente, y saliéndose de palacio para ir á conquistar con bajezas la seguridad de poder seguir ejerciendo su oficio, y los amigos de la reina, pocos en número, y temerosos de la suerte que les esperaba, andaban desalentados y sin acertar á poner en uso un medio de salvacion. Aquellos salones adornados, segun el gusto de la época, con un lujo grosero y sobrecargado, pero rico y espléndido, se hallaban solitarios ó entregados á poder de gente menuda, y criados de escalera abajo que aprovechaban la ge-

neral confusion para saquearlos, y en una cámara retirada yacia postrado el rey rodeado de algunos pocos, y tan débil y tan acabado, que á cada paso temian verlo espirar. No lejos de allí en otra solitaria habitacion estaba una mujer jóven, hermosa, y cuyo semblante abatido manifestaba el mayor pesar y sobresalto. Era la reina doña Sibila, cuarta mujer de D. Pedro IV de Aragon. Rodeábanla algunas de sus camareras, y la acompañaban su hermano D. Bernardo, y los oficiales de su casa don Berenguer de Abella y Bartolomé de Lizos, todos en actitud peserosa y meditabunda. Reinaba en la habitacion el mayor silencio interrumpido solo por algun quejido del rey enfermo, que hasta allí llegaba, causando el oirlo á la reina un estremecimiento nervioso, y aumentando el sobresalto de los demas.

—¿Qué hace el conde? dijo al fin la reina: ¿cómo no está aqui?

—Señora, respondió Abella, se halla tomando disposiciones para atender á la seguridad de V. A., y procurando adquirir noticias de lo que haya que temer.

—Mas en tanto que D. Juan no se halle aqui, añadió la reina, no debe amenazarme ningun peligro. Yo no tengo ningun enemigo mas que él... y doña Violante su mujer; y los dos, á Dios gracias, deben hallarse ahora en Gerona.

—Pluguiese al cielo! exclamó D. Bernardo.

—Cómo, hermano mio, ¿te se figura que nos amenaza algun riesgo inminente? ¿No está D. Juan muy enfermo en Gerona? ¿Acaso el infante D. Martin?...

—D. Juan está, en efecto, enfermo de gravedad en Gerona y no existe ningun dato para creer que D. Martin su hermano tenga intencion de dañaros; pero salid y vereis esos salones antes tan concurridos y alegres, cuán tristes y solitarios estan ahora. Asomaos al balcon, y á pesar de la tempestuosa noche vereis numerosos grupos de hombres que parecen amenazar el palacio, y á los que detiene aun cierto respeto mas bien que el temor de la resistencia que hallarian.

—Dios mio ¿qué será de nosotros?

En este instante entraron á decir á doña Sibila que el rey la llamaba con instancia. Acudió ella con prontitud y halló al enfermo algun tanto despejado; pero tan prostrado de fuerzas que casi le era imposible hacer ningun movimiento.

—Señora, le dijo el rey con voz apagada, pocos momentos deben quedarle de vida y necesito aprovecharlos. Acaso he tratado á mi hijo con demasiada crueldad y despego; vos no habeis tenido la culpa, ya lo sé; pero él la achaca á vos, y todo debeis temerlo de su venganza cuando yo no exista. Evitad su cólera marchando inmediatamente y con buena escolta á Francia ó á Castilla por el condado de Pallas.

—Yo abandonaros en tal situacion?

—Es preciso, lo conozco á mi pesar, y vos tambien debeis conocerlo. D:jadme ahora con mi confesor y disponed lo necesario para vuestra marcha.

Un hombre completamente armado, excepto la cabeza, se presentó en este momento á la puerta de la cámara. Conociólo el rey á pesar de su estado.

—Conde de Pallas, le dijo, vos sois un fiel vasallo y respetareis mi voluntad. Os encargo veleis por la seguridad de la reina y la acompañeis hasta ponerla en salvo.

Inclinóse el conde, y acercándose á doña Sibila dijo:

—Venid, señora, no hay tiempo que perder.

Y tomándola de la mano la arrastró, mas bien que la condujo, fuera de la cámara.

—Señora, prosiguió el conde luego que hubieron llegado á la habitacion de la reina, es preciso salir al momento de la ciudad. La seguridad de V. A. peligrá si no lo hace así.

—Pues cómo? dijo doña Sibila, ¿qué hay?

—Los secuaces del duque de Gerona han conmovido la poblacion en términos de que por los numerosos grupos que van al redor de palacio corren las noticias mas absurdas en daño de V. A. Acaso no tarde dos horas en estallar una sediccion. Ademas, el infante D. Martin que hasta ahora se habia mantenido neutral, se ha concertado con su hermano, y hay que temerlo todo de esta union. En este momento se verifica en casa del obispo una junta de todos los enemigos de V. A. y por desgracia está demasiado concurrida; de ella han de resultar mayores y mas temibles alborotos; pues yo he necesitado toda la influencia de mi nombre y gerarquia para haber podido transitar las calles y tomar las medidas necesarias para defender el palacio, cuyas puertas estan al fin bien guardadas por gentes de mi devocion. Resolved, señora, y contad que la menor tardanza puede sernos perjudicial.

Aterrados quedaron la reina y sus amigos al oír tales noticias. El peligro no podia ser mas urgente; y así en el momento empezaron todos á hacer los preparativos necesarios para el viaje, que tampoco dejaba de ofrecer riesgos de consideracion. Era el primero y mas inmediato el hallar un medio de salir de palacio sin ser sentidos, cosa que debia considerarse como imposible atendida la comitiva que debia acompañar á la reina. El conde propuso abrirse camino á viva fuerza; pero este recurso, ademas de dudoso, tenia el inconveniente de que manifestaria á todos los contrarios de doña Sibila el camino que esta tomaba, y facilitaria una persecucion activa é imposible de burlar. Luego seguia otra dificultad no menor en elegir camino y lugar seguro adonde dirigirse, porque las tropas de los dos infantes, no estaban

lejos de Barcelona, y podían caer sobre ellos si el viaje no se hacia secretamente. Todas estas cosas llenaban de indecision á los parciales de la reina, y nadie sabia que resolver. Casi pensaban ya abandonar su proyecto de fuga, cuando la multitud reunida en la plaza principi6 á dar muestras positivas de su impaciencia, saliendo de ella algunas voces que pedian ver al rey. El que no lo haya experimentado no puede formarse idea del efecto que causa una muchedumbre alborotada delante de un edificio en las personas contra quien su cólera se dirige, y que se hallan en este edificio. Rara vez dejan de existir medios fáciles de contener la ira popular; pero mas rara vez aun ocurren á los temerosos y sobresaltados, ni tienen sangre fria para ponerlos en práctica. O el miedo les embarga, y esto es lo mas general, ó la cólera los ciega: en el primer caso nada hacen; en el segundo, hacen demasiado, y siempre el resultado es funesto. Esta era cabalmente la situacion de doña Sibila y sus amigos, en tanto que la sedicion tomaba incremento. El conde de Pallas á fuer de guerrero queria reunir las guardias de palacio, y dar de repente sobre los amotinados. D. Bernardo Forcia hermano de la reina, mas cortesano que soldado, opinaba lo contrari, y proponia huir á toda costa de palacio; y á estas dos opiniones se arrimaba cada cual segun su humor, sin que doña Sibila estuviese en estado de decidir nada.

En esto avisaron al conde de que un hombre, al parecer, de baja esfera, pedia verlo con instancia. En semejantes momentos cualquier incidente, por de poca importancia que pareciese, debia llamar la atencion, y asi mandó que inmediatamente lo hicieran entrar. Hizose asi, y se presentó en la regia habitacion un hombre que era nada menos que el armero que ya conocen los lectores. No suponía él que el conde lo recibiria tan acompañado; por lo que se turbó sobremanera al ver á la reina. Conociólo el conde y le dijo:

—Oía Arnaldo, qué buenas nuevas me traes?

— ¡ Buenas nuevas, señor conde! Ojalá pudiera traerlas, pero solo vengo á avisaros del peligro que amenaza á...

El armero iba á proseguir cuando levantó la vista y vió el hermoso y pálido semblante de doña Sibila. Quedóse parado sin atreverse á proseguir; pero la reina que habia adivinado lo que calló, y que tenia la natural curiosidad propia del caso dijo:

—Proseguid buen hombre, y no temais asustarme.

—Puedes decirlo todo delante de S. A., añadió el conde.

—Pues señor, dijo el armero, la causa de ese alboroto es que se ha estendido la voz de que el rey ha fallecido y se oculta su muerte con malos intentos. Hay entre la multitud muchos emisarios y gente pagada que propagan funestas noticias, é incitan á cometer desafueros. Ultimamente, se ha propuesto forzar el palacio si no lo gran que S. A. el rey se asome al balcon.

—Asomarse el rey al balcon en el estado en que está! exclamó la reina, eso es imposible.

—Tratan de forzar el palacio! dijo el conde, que vengan y verán el recibimiento que se les hace.

—Ah, señor! repuso el armero, si los sublevados fuesen solo gentes del pueblo no dudo que lograrías rechazarlos á muy poca costa; pero no es asi: mucha parte de la guarnicion está con los amotinados, y además varios señores han introducido soldados en la ciudad. Los vuestros, aunque fieles son pocos é incapaces de resistir el ímpetu de los sediciosos.

—¿Qué hacer, pues? dijo el conde con desaliento.

—Si el rey... pudiese, dijo el armero, titubeando (porque á decir verdad tenia él tambien sus dudas, acerca de la existencia de D. Pedro.) El conde lo conoció, y arrojándose entonces de una resolucion desesperada dijo al armero:

—Sígueme.

Obedeció el hombre, y ambos salieron de la habitacion de doña Sibila, dejando á esta y á los demás sin saber que pensar

de su intento. Un cuarto de hora despues volvió á entrar el conde solo, y dirigiéndose á la reina la dijo:

—Venid, señora, á acompañar á nuestro augusto esposo, que accediendo á los deseos de sus fieles vasallos se vá á presentar á ellos.

Quedóse doña Sibila suspensa. El conde la presentó la mano para conducirla á la cámara del rey, y en el camino la dijo muy bajo:

—Es asesinarlo: pero no hay remedio.

Hallaron á D. Pedro levantado ya, envuelto en un gran ropon y sentado en un sitial, al ver á la reina, la dijo:

—Señora es el último sacrificio que me restaba hacer por vos; vamos; y tú, buen hombre, ves á decir á tus compañeros que su rey vive, y les agradece su buena voluntad.

Retiróse el armero. Acudieron varios criados con hachas de viento, y el rey apoyándose en el conde de Pallas y en doña Sibila, principió á dirigirse con gran trabajo hácia el balcon. La irritacion de la muchedumbre y los gritos tumultuosos habian llegado á su punto. De repente se abrió el balcon, y vió el pueblo presentarse en él á un anciano pálido, debilitado, y casi sin vida. Al alboroto anterior sucedió un profundo silencio de admiracion: todos se descubrieron, y cuando D. Pedro dijo con débil voz: "*¿qué me queréis?*" se oyeron estas palabras en todos los ángulos de la plaza. Pasado el primer momento resonaron estrepitosos vivas al monarca, que acaso iba á espirar por culpa de los que lo victoreaban, y á poco quedó desocupada la plaza. Apenas hubo entrado el rey en su habitacion cuando se desmayó.

Una hora despues solo se oía en las calles inmediatas al palacio el acompasado ruido de la lluvia que habia arreciado. A media noche doña Sibila, su hermano, el conde, y todas las demás personas de su comitiva, seguidos de un peloton de soldados salian de Barcelona. Al amanecer habia vuelto á comenzar el tumulto con toda su fuerza, y el pretexto era la huida de la reina.

III.

1387.

Serías desavenencias habian mediado entre el rey D. Pedro y su hijo primogénito D. Juan duque de Gerona, que fomentaban en provecho suyo los distintos bandos en que estaba dividido el reino de Aragon, y de las que el segundo no hubiera salido bien librado sin la poderosa proteccion del justicia mayor, que aunado con el y fuerte con los grandes privilegios de su cargo, intervino entre padre é hijo, y libró á este de muchas molestias y peligros que debieron sobrevenirle por consecuencia de sus proyectos de rebelion. Dos mujeres mediaban en estos asuntos y tomaban en ellos parte, que eran doña Sibila Forcia, cuarta mujer de D. Pedro, y doña Violante esposa del duque. La voz pública, que por mas que digan, suele equivocarse muy á menudo, achacaba á la primera la causa de todo, sin mas fundamento que el de su cualidad de madrastra del infante, al paso que la segunda era considerada como una victima sacrificada á la ambicion de la reina, y perseguida por ser esposa del príncipe heredero. Tambien en esta parte erraba el rumor popular doña Violante, mas ambiciosa que un cortesano viejo, y mas envidiosa que una solterona, era la que incitaba á su marido a revelarse, y la que habia declarado una guerra á muerte á doña Sibila, que demasiado imprudente, y no poco desvanecida con haber llegado á ser reina de, hija de un caballero particular del Ampurdan, no supo guardarse ni precaver los efectos del odio de su hijastra.

Pocos dias despues de los acontecimientos referidos se hallaba en una habitacion de su palacio de Gerona el duque D. Juan acompañado de su mujer, y de otro personaje vestido de negro y ya entrado en años. El duque doliente aun de su enfermedad yacia recostado en un amplísimo sitial, y su rostro y sus movimientos, indicaba que de cuando en cuando le aquejaban vivos dolores. Doña Violante sentada al lado de



una mesa, no lejos de D. Juan, examinaba con atencion un voluminoso rollo de pergamino, y dirigia la palabra al personaje vestido de negro.

—Mosen Beltran, dijo doña Violante, ya sabreis la muerte del rey nuestro augusto padre acontecida antes de ayer en Barcelona, y aunque este triste acontecimiento nos ha llenado de dolor, exige el deber que atendamos al cuidado de los negocios del reino, y sobre todo, que se satisfaga la vindicta pública ultrajada, y la buena memoria del difunto soberano. Por eso os ha hecho llamar el rey mi esposo para saber con exactitud qué arroja de sí el proceso que de su orden formasteis á doña Sibila en averiguacion de los crímenes que habia cometido.

—Señora, respondió Mosen Beltran, haciendo una cortesía, el proceso se encuentra en un estado muy imperfecto, faltar de pruebas, sin audiencia de la acusacion, y en una palabra, incapaz de justificar sentencia de ninguna especie.

—Pues ¿cómo así? ¿de qué proviene tal descuido? ¿No son acaso públicos los crímenes de la mujer del difunto rey?

—Si me es lícito hacer á V. A. una observacion diré que, aun suponiendo que la reina madre haya cometido todas las faltas que los rumores populares le han achacado, no basta esta certeza para proceder contra ella si no viene acompañada de pruebas legales; y créame V. A., la mayor parte de los que sin ningun cuidado ni consideracion hablan públicamente cuanto les ocurre, y saben ó no saben, se abstienen luego de declarar nada en justicia.

—Hasta ahora habrá sucedido así por el temor que inspiraba la tirania de la culpable, pero de aquí en adelante espero que será otra cosa. Sabed que las tropas del infante D. Martin nuestro hermano han logrado prender á doña Sibila, y á sus secuaces que se habian encerrado en el castillo de S. Martin de Zarroca, y que ya deben todos hallarse en Barcelona puesto á buen recaudo. Fué inútil toda su resistencia.

—Pues yo creía, dijo Mosen Beltran, que la reina madre y su comitiva se habian entregado voluntariamente al infante protestando su obediencia á los decretos del rey.

—Eso mismo creía yo, dijo D. Juan.

—Pues no es así, gritó con altivez doña Violante, se han resistido desesperadamente, y solo han cedido á la fuerza. Gracias al cuidado de nuestros fieles vasallos de Barcelona no hacia una hora que habian emprendido su huida cuando ya iban en su persecucion varios pelotones de caballeria que los castigaron hasta encerrarlos en san Martin, donde con la llegada de nuevas tropas de refresco pudieron sitiarlos y rendirlos.

—V. A. debe saberlo mejor que yo.

—Sí, sí, añadió D. Juan, ella ha recibido los despachos.

—Por tanto, prosiguió doña Violante, es necesario que siga la causa con la mayor actividad. Esa mujer y sus indignos partidarios no se contentaron con abandonar al rey moribundo, sino es que tambien robaron y saquearon cuanto habia de algun valor en el palacio. Tal conducta ha motivado un decreto de mi esposo, desposeyendo de sus bienes á doña Sibila, á su hermano, y al conde de Pallas, que contra mi voluntad han sido agregados á mi patrimonio.

—Toma, dijo el nuevo rey, queriendo vos que se le quitasen nada mejor podíamos hacer que guardarlos nosotros.

—Pero esta disposicion, siguió doña Violante, no puede tener cumplido efecto hasta que doña Sibila convenciada en juicio de sus crímenes, dé poder á mis procuradores para que les sean entregados las villas y castillos de su pertenencia. Es, pues, indispensable, Mosen Beltran, que os trasladéis á Barcelona, donde en union con vuestros colegas instruyais sin demora el proceso, en la inteligencia de que no se trata ya de rumores populares, sino de delitos evidentes y casi demostrados.

—V. A., dijo el cauteloso juez, no olvidará sin embargo, que para dar senten-

cia en juicio necesitan pruebas legales y la confesion del reo.

—La confesion de los reos, repuso doña Violante con sonrisa espantosa, se obtiene por los medios que determinan las leyes.

—Qué, señora, exclamó asombrado Mosen Beltran, ¿seria posible intentar el tormento...?

—Todos los criminales, respondió con frialdad doña Violante, deben ser juzgados conforme á derecho. Retiraos, y antes de marchar recibireis instrucciones.

Obedeció Mosen Beltran saliendo de la habitacion confuso y aterrado. Doña Violante dijo volviéndose al rey.

—Este hombre es un imbécil que no entiende lo que se le dice, ó un picaro que no lo quiere entender.

—No, replicó el rey, es muy hombre de bien, y el único que se atrevió á formar

causa á mi madrastra en vida de mi padre.

—No importa, es un mentecato que yo vigilaré.

Dió la reina una palmada y se presentaron varios criados.

—Necesitais descansar?

—Sí, contestó D. Juan, me siento muy debilitado.

—Pues bien, añadió la reina, dirigiéndose á dos criados. Llevad al rey á su cámara.

Hízose así en efecto, y entróse D. Juan apoyado en los hombros de los dos criados. Apenas hubo desaparecido dijo doña Violante á otro.

—Busca al judío Zacarias y dile que quiero verlo al instante.

Quedó sola la reina apoyada en la mesa y reflexionando profundamente. Habia en su rostro un no sé que de infernal que presagiaba muerte y esterminio.

(Se concluirá.)

## ESPAÑA ARTISTICA.

### *Palacio de los duques del Infantado en Guadalajara.*

Oímos decir por todas partes que vivimos en un siglo positivo, y siguiendo el refran latino *vox populi &c.*, así lo creemos y lo damos por supuesto sin otra demostracion. Como nada conocemos en el mundo mas positivo que lo que está sujeto á números, creemos que toda cuenta bien ajustada, y con su correspondiente *salvo yerro ó omision*, es eminentemente coetánea. De ser el siglo positivo se deduce, no precisamente que haya en él muchas cuentas bien ajustadas, ni que nadie se apresure á darlas, porque hasta ahora la tendencia numérica se manifiesta solo en cuanto á desear ajustes y pedir finiquitos, sin que estos deseos y demandas logren satisfaccion sino muy pocas veces. Suponemos que esto consista en que como todavía nos hallamos al principio del siglo no se ha perfeccionado el espíritu.

Muchos inconvenientes se han opuesto á que nosotros ajustásemos la cuenta de

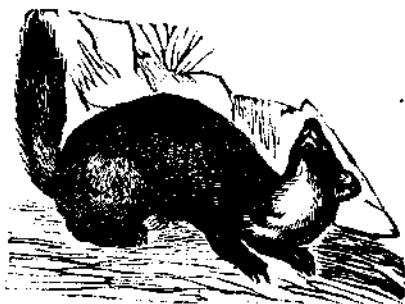
nuestra deuda con el público; deuda muy sagrada, puesto que nacia de una promesa muy reciente. Mas de una vez hemos creído que tendríamos que faltar á ella, porque el tiempo corria y los elementos con que fundadamente debíamos contar nos faltaban, pero ¡Dios gracias! ha podido mas nuestro buen deseo que las dificultades existentes, y saltando las que no hemos podido remover cumplimos nuestra promesa del mejor modo posible, damos la lámina ofrecida y acerca del edificio varias noticias generales. Queda saldada nuestra cuenta con el público en la parte que mas nos apremiaba: el espíritu del siglo satisfecho, y nosotros contentos si se reconoce nuestro conato de agradar á los lectores que nos favorecen. Respecto á los monumentos españoles que mas adelante daremos á conocer estamos muy seguros de que no nos veremos en conflicto alguno.

Fue edificado el palacio de Guadalajara

por el gran cardenal de España D. Pedro de Mendoza, sexto duque del Infantado, hácia mediados del siglo XV. Si bien su arquitectura no pertenece al mejor estilo gótico, resarce esta falta la suntuosidad y lujo que le distinguen y hacen digno de la ilustre casa á que pertenece. Su fundador, á quien debe Guadalajara otros muchos monumentos dignos de atencion, entre ellos el convento de S. Francisco, al que está unido el magnífico enterramiento de los mismos duques del Infantado, hizo de él su principal habitacion, y murió en él por los años de 1482. Es imponderable la magnificencia de algunos techos de este edificio, asi como el mérito de varios de sus frescos, obra de buenos autores, entre

ellos Rómulo Cincinato, de quien son tambien varios cuadros que adornan sus salas. Hizo de este palacio una minuciosa y detenida descripcion Borcé, escritor italiano, aunque son muy raros los ejemplares de su obra, y tambien hablan de él Pons, y el autor del libro titulado *Grandezas de España*. La proximidad de Guadalajara á Madrid ha sido causa de que frecuentando sus dueños este edificio se haya conservado, y no se encuentra en el estado de deterioro y aun de ruina en que vemos otros no menos dignos de atencion, ni menos acreedores al interes de los aficionados á las glorias artísticas de España.

J. M. VELARDE.



### LA MARTA DEL ASIA.

Algunos naturalistas han creído que la Marta era de la misma especie que la Garduña, suponiendo que la primera era tal cual estaba en estado silvestre, y la segunda en el estado doméstico; pero esto es una equivocacion puesto que se notan entre ambos animales diferencias específicas que los caracterizan suficientemente, á pesar de que son de un mismo género. Entre estas diferencias basta citar la que la Garduña vive generalmente muy inmediata á los lugares habitados y en las regiones mas templadas, y aun en las calurosas, al paso que la Marta huye de las habitaciones, viviendo en los bosques solitarios y en las regiones mas frias del globo, en las que se encuentra con tal abundancia, que sorprende la inmensa cantidad de pieles que de ella se consumen al año.

La Marta es animal carnívoro, se alimenta de la caza, destruyendo un número infinito de pájaros, cuyos nidos asalta para sorber los huevos, comien-

do á veces miel como la Garduña. Pero aun se diferencia de esta en el modo con que se las caza; pues la Garduña huye inmediatamente y se apresura á esconderse en su madriguera, al paso que la Marta corre largo tiempo seguida de los perros antes de decidirse á subir á un árbol, desde donde los ve pasar con la mayor tranquilidad. Tiene tambien la cabeza mas corta, el cuerpo mas grueso, y las piernas mas largas que la Garduña, por lo que corre mas que ella. Su color es de un pardo oscuro, bastante brillante, y en algunos sitios casi negro.

Cuando la Marta ve su preñez adelantada sube á los nidos que suelen construir las Ardillas, tan bien hechos como los de los pájaros, y echando á los que lo ocupan se posesiona de él, y dá á luz sus pequeñuelos. Estos que nunca llegan á cuatro, nacen por primavera con los ojos cerrados; pero crecen rápidamente y se hallan pronto en estado de acompañar á la madre cuando va á caza.

## **Indice de esta Entrega.**

A una astucia otra mayor, anecdota.

El sueño, poesia.

Partes iguales.

Trabajo perdido.

Doña Sibila de Forcia, Anales de Aragon.

La Marta, historia natural.

El dibujo que representa el palacio de los duques del infantado está dibujado por D. J. M. Velarde.

### **Este periodico sale todos los Jueves.**

El precio de suscripcion en Madrid es el de cuatro rs. mensuales, llevado á casa de los señores suscritores; 18 en las provincias, por un trimestre franco de porte; 34 por seis meses y 60 por un año.

Los números sueltos se expenden á dos rs. en los puntos de suscripcion en Madrid, que son los siguientes: libreria de Cuesta, frente á las Covachuelas; estamperia de Valle, calle de Carretas, frente á la de Mujaderitos; y en el almacen de papel calle de la Concepcion Gerónima, esquina á la plazuela del mismo nombre.

PROVINCIAS. Alcoy, Cabrera; Algeciras, Grimaldi; Alicante, Carratalá; Almería, Santamaría, Avila, Sastre Beal; Badajoz, viuda de Carrillo; Barbastro, Lafita; Bilbao, Delmás; Burgos, Arnaiz; Cádiz, Hortal y compañía; Cartagena, Benedicto; Castellon de la Plana, Gutierrez Otero; Córdoba, Lopez Latorre; Coruña, Perez; Ferrol, Tajonera; Gibraltar, R. L. Hepper; Granada, Bada y Linares; Guadalajara, Ruiz; Jaen, Orozco; Leon, Miñon y Paramio; Logroño, Ruiz; Lugo, Pujol; Málaga, Carreras; Orense, Gomez Pazos; Oviedo, Longloria; Palma, Guasp; Pontevedra, Sr. administrador de Loterías; Reus, viuda de Angelon; Roncia, Fernandez; Salamanca, Blanco; Santander, Riesgo; Santiago, Rey Romero; Sévilla, Hidalgo y compañía, y D. Luis Manuel de la Pila; Valencia, en la administracion de Correos; Valladolid, Pastor; Vitoria, Flores; Zaragoza, Yagüe. Y en las administraciones de Correos de Arévalo, Barcelona, Buñrigo, Cáceres, Ciudad Real, Huelva, Lérida, Murcia, Palencia, Santander, San Sebastian, Sevilla, Valencia, Tarancón y Tuy.

NOTA. La redaccion está establecida calle del Príncipe, núm. 13, cuarto entresuelo de la izquierda, adonde se dirigirán las reclamaciones y las cartas francas de porte.

---

Editor responsable A. GUERRERO.

---